

Capítulo 8

Formación permanente

Hugh F. O'Donnell, C.M.

Provincia de China

El año 1992 fue un año significativo por afrontar el tema de la formación permanente en la Congregación de la Misión. En aquel año, la Asamblea General presentó recomendaciones sobre cómo poner en práctica un programa de formación permanente, y el P. Maloney y el Consejo General trabajaron sobre ello, obteniendo como resultado el comienzo del Centro Internacional de Formación (conocido de otro modo como CIF). Gracias a los esfuerzos creativos de estos misioneros que diseñaron y llevaron a cabo el programa, el CIF abrió sus puertas en París en 1994. Tenía una audiencia específica en la mente, a saber, misioneros entre treinta y cinco y cincuenta años, con diez o más años en el ministerio. Algunos podían decir que afrontaba los retos de un grupo en la mitad de su vida. Posteriormente, se abordó un programa especial de un mes de duración para misioneros de más de cincuenta años. La formación post inicial se había intentado antes dos veces, en tiempos de Vicente y en el siglo XVIII, pero cada intento duró sólo un breve periodo de tiempo.

Fue un privilegio suceder al P. Rybolt y dedicar seis años a dirigir el CIF. Debido a mi tiempo en el CIF, se me ha pedido reflexionar sobre la formación permanente en la *Ratio Formationis*. Fue un tiempo de bendición, porque fui capaz de convivir con misioneros de todo el mundo y presenciar los buenos efectos de su participación. El CIF proporciona a los misioneros un tiempo para tomarse las cosas con calma, reflexionar y orar, estar con misioneros de todo el mundo, y caminar sobre las huellas de Vicente.

Antes del Concilio Vaticano II no había distinción entre formación inicial y formación permanente, porque todo lo que había era formación inicial. La formación se completaba para los sacerdotes en el momento de la ordenación o con los votos perpetuos para los Hermanos. La distinción entre formación inicial y permanente surgió con el cambio de comprensión de la vida y ministerio de comportamiento a desarrollo. La vocación se entiende ahora como un viaje de desarrollo en un mundo que cambia. Estamos llamados a ser aprendices toda la vida. La conversión no es simplemente un acontecimiento de un tiempo. Estamos llamados a la conversión permanente, El discipulado es un viaje de transformación.

Aggiornamento fue uno de los sinónimos del Concilio Vaticano II. El Papa Juan XXIII lo usó el primero y el Papa Pablo VI lo abrazó más tarde como el significado del Concilio. Señalaba la necesidad de actualizar la Iglesia y caminar al ritmo de los tiempos. Inmediatamente después del Concilio, la formación permanente significaba en la práctica, hablando en concreto, asimilar y promover las enseñanzas y la visión del Concilio Vaticano II. Hubo un tsunami de talleres, seminarios, clases, conferencias, y retiros. Se prestó también mucha atención a leer “los signos de los tiempos” y a mirar al futuro. Ésta no fue la única respuesta al Concilio. Hubo otras que escucharon la palabra del Concilio a la Iglesia para que volviese a sus raíces en las Escrituras y los Padres de la Iglesia. Más que *Aggiornamento*, hablaron de *Ressourcement* (volver a las fuentes, tradiciones y símbolos vivos de la Tradición Católica). En ambos casos, había mucha educación y formación que hacer. Fue un nuevo día.

Pero fue sobre mucho más que “ponerse al día” y “caminar al ritmo de los tiempos”. Se trataba de una nueva forma de estar en el mundo. El abrazo de peregrinaje del Concilio, cultura y personalidad, dio un escenario temporal, cultural y humano a las verdades eternas de tiempos anteriores. Estos son los coeficientes de comprender y apropiar la plenitud del Misterio de Cristo en nuestros días. Después de todo, sobre esto es sobre lo que trata precisamente la formación permanente.

Uno de los temas más populares de retiro, que he descubierto, es el tema del viaje, o peregrinaje. Todo el mundo está en un viaje. Estamos en la carretera, pero no hemos llegado todavía. No somos perfectos, al menos, no por ahora. En este viaje, quizás estamos parados, o quizás hemos perdido nuestro rumbo, quizás hemos encontrado un oasis, y quizás avanzamos a máxima velocidad, pero todavía estamos de camino. Es lo opuesto al criterio de comportamiento perfeccionista que algunos de nosotros conocíamos en nuestra juventud. En este contexto, la formación permanente para los peregrinos es comida para el camino.

Hay muchas maneras de presentar la historia de San Vicente. Me he dado cuenta de que dividir su historia en Vicente Uno y Vicente Dos ayuda a las personas a centrarse en el camino de Vicente. Vicente Dos (1625-1660) es el Famoso Vicente desde la edad de 45 años hasta su muerte a los 80 años, que a su muerte se decía que había transformado el rostro de la Iglesia en Francia – más para ser admirado que para ser imitado, probablemente. Vicente Uno, es el Peregrino Vicente que viaja desde la ambición financiera en el momento de la ordenación a la libertad evangélica radical a la edad de 45 años, cuando abrazó de forma incondicional su vocación a los pobres y fundó la Congregación de la Misión. La gente ama identificarse con Vicente cuando encuentra su camino, hace amistades, cambia direcciones, aguanta sus crisis de fe, encuentra a Dios en las personas y los acontecimientos, y entrega su vida a los pobres. Este viaje no sólo aclara su vocación sino que le

lleva también a la libertad de esperar en la Providencia. Podemos identificarnos con el viaje de Vicente, porque es un lote como nosotros. Ni él ni nosotros hemos nacido libres o santos – crecemos en la libertad evangélica y la santidad apostólica por etapas.

¿Experimentó Vicente la Formación Permanente? Formalmente, no, pero ése no es mi punto. En realidad, tuvo muchos maestros y mentores. Desde Berulle y Duval hasta Madame de Gondi a Luisa de Marillac, su gran compañera, y Francisco de Sales, su mentor más grande. Sin embargo, la cosa más importante fue que **fue un aprendiz toda su vida**. Aprendió de todas esas personas, aprendió habitualmente de acontecimientos, personas y circunstancias, creyendo que Dios estaba presente en y a través de ellos. Fue verdaderamente un peregrino. No podemos entender realmente a Vicente fuera de una visión desarrollada de su historia.

A Bernard Lonergan, S.J., uno de los teólogos notables del siglo veinte, se le pidió en una entrevista que sintetizara su vida como teólogo. Respondió, “He empleado toda mi vida en introducir la historia en la teología”. Sin historia, todo lo que conocemos es bidimensional, atemporal, abstracto, como nuestra teología fue durante mucho tiempo. Sólo tomando la historia con seriedad se privilegia el desarrollo y el crecimiento y se da forma dinámica a nuestros horizontes y maneras de pensar. Formación Continua significa tomar la historia y el tiempo seriamente como personas humanas, como sacerdotes, como hermanos, como seminaristas – en nuestro viaje de transformación.

Abrazando una visión en desarrollo de nuestras vidas en relación a las personas, acontecimientos y circunstancias, la *experiencia* llega a ser central. Modelos adultos de formación permanente evoca, honra, respeta, compromete y construye sobre la experiencia de los participantes. Algunas veces, en el pasado, la experiencia y experiencias de los participantes se daban por supuesto porque presuntamente eran comunes a todos, pero hoy hay que prestar una atención seria a la experiencia de vida y a lo que la gente ha aprendido a lo largo del camino. Son nuestras experiencias vividas y compartidas las que dan vida a nuestras vidas. No obstante, compartir experiencias no es toda la historia. Las experiencias, una vez compartidas, tienen que ser comprendidas y clasificadas, y después procesadas, de tal manera que podamos llegar a afirmar qué hay de real y verdadero en ellas, y conocer nuestra propia verdad que toca fondo. Es el camino para llegar al hogar con nosotros mismos.

Compartir nuestras experiencias espirituales y apostólicas en comunidad es la clave para la renovación de la Congregación según el párrafo 46 de nuestras Constituciones. Este párrafo se encuentra en el capítulo sobre la oración, porque habla de compartir la Palabra de Dios, pero merece ser ensalzada y puesta en un lugar donde atraiga la atención al comienzo de las Constituciones. El Párrafo 46, juntamente con el

discernimiento de los signos de los tiempos en el párrafo 2, nos da la clave del proceso para la transformación de la Congregación como una comunidad apostólica contemporánea. Dice:

46. *En la oración comunitaria encontramos la mejor forma de animar y renovar nuestra vida, sobre todo cuando participamos en la celebración de la Palabra de Dios o cuando, en un diálogo fraterno, nos comunicamos mutuamente los frutos de nuestra experiencia espiritual y apostólica.*

En este párrafo tan breve, las Constituciones dan una gran prioridad al compartir y al diálogo comunitario como claves para la renovación. El texto inglés dice, “En la oración comunitaria encontramos *un excelente medio* (Latín: *optimum*) de animar y renovar nuestras vidas”. Algunos traducirían *optimum* como “el mejor medio...”. Lo importante es que la Congregación privilegia el compartir y el diálogo fraterno como el medio de “animar y renovar nuestras vidas”.

¿Qué estamos llamados a compartir? Estamos llamados a compartir la Palabra de Dios y nuestras experiencias espirituales y apostólicas.

Se espera que celebremos la Palabra de Dios y la compartamos entre nosotros. Esto tiene un vínculo directo con la proclamación de la Buena Noticia. El uso de Vicente de las Escrituras muestra cuán profundamente las Escrituras penetraron su vida y su forma de hablar. Han llegado a ser para él su segunda naturaleza. Solíamos tener la práctica de leer un capítulo del Nuevo Testamento cada día. Quizás muchos todavía lo hagan. El párrafo 46 nos llama más allá de nuestra devoción particular a las Escrituras a celebraciones comunitarias de la Palabra y al compartir fraterno en las comunidades. Recientemente un joven sacerdote diocesano llegó a una de nuestras misiones lleno de conocimiento y amor por las Escrituras. Atrajo a muchedumbres de personas, que estaban dispuestas a reprogramar sus vidas para escucharle. El hambre y el anhelo de nuestro pueblo por las Escrituras son profundos. Por consiguiente, este párrafo últimamente lleva a la fecundidad apostólica y transforma no sólo nuestras relaciones en comunidad sino también nuestra relación misionera. *Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y de beber.*

También estamos llamados a compartir los frutos de nuestra experiencia espiritual y apostólica. Para algunos esto puede ser fácil, pero para muchos no. En algunas culturas, es mucho más difícil que en otras. No obstante, el potencial, el poder, y la promesa de esto son grandes. Tres factores, cuando están presentes, liberará las comunidades para hacer esto, a saber, libertad, confianza, y necesidad. Nadie puede estar forzado a este nivel de compartir fraterno, debe hacerse libremente, y así la libertad de cada uno para no compartir debe respetarse. En segundo lugar, pide un nivel tangible de mutua confianza en el grupo. Desconfianza y a veces cinismo u otras corrientes de

negatividad será la muerte de esfuerzos en esta dirección. En tercer lugar, funciona mejor cuando hay un fieltro o incluso urgente necesidad de eso, por ejemplo, cuando la comunidad local intenta encontrar su camino en un apostolado nuevo y difícil. Cuando una comunidad está contenta con todas sus respuestas, este tipo de compartir llegará a ser académico.

En este sentido, el Provincial está llamado a proporcionar este tipo de oportunidad compartida al menos una vez al año en la nueva Ratio. Dice:

Reunirá a los cohermanos como provincial al menos una vez al año (en una reunión, convocatoria o asamblea provincial) para compartir sus vidas, sus aspiraciones, sus dificultades y la visión de la provincia y su manera de vivir en comunidad para la misión de hoy.

Este párrafo honra y convalida la experiencia, ideas y sabiduría de los misioneros como nuestra manera de hacer las cosas. Estamos llamados a compartir muchas cosas – ordenados como algunos de nosotros éramos hace mucho tiempo con el título “la mesa común” – pero últimamente como este párrafo dice sencillamente, “...a compartir nuestras vidas”.

Esta misma dinámica de crecimiento por medio del compartir se encuentra en la sección sobre Formación Espiritual, donde leemos:

... (Cada cohermano) compartirá su caminar espiritual con otros cohermanos, especialmente con el director espiritual u otro cohermano con quien puede hablar abiertamente sobre las alegrías y los desafíos de su vida.

La **Ratio** es detallista y completa en su tratamiento del Eje Vicenciano y las cinco áreas de formación: espiritual, intelectual, apostólica, comunitaria y humana. Son auto-explicativas y no necesitan más comentarios. Me gustaría, sin embargo, suscitar tres áreas de crecimiento para comentar: oración, liderazgo y formación humana.

Oración. Ha habido una revolución sobre la oración en la Iglesia católica durante los pasados cincuenta años. Oración central, Renovación Carismática, oración litúrgica, *lectio divina*, Meditación Cristiana al estilo de John Main y John Cassian (*maranatha*)... Creo que hemos sido beneficiarios y participantes, pero no líderes en el movimiento, con unas pocas excepciones. Los discípulos dijeron a Jesús, “Enseñanos a orar”. Cuando las personas quieren aprender a rezar hoy y buscan a alguien que les enseñe ¿piensan en nosotros? Creo que ésta es un área de crecimiento para la formación permanente.

Liderazgo. En la Iglesia y en la sociedad hoy, muchos ansían buenos líderes. Como comunidad, hemos sido conscientes de esta necesidad y hemos dado algunos pasos para animar y formar buenos líderes.

¿Sería un error si yo observara que ha habido una tendencia en los cohermanos para evitar los papeles de liderazgo, en particular, aquellos de superior local e incluso líder apostólico local? A veces hemos sido caracterizados como “líderes reticentes”. Quizás haya sido motivado por la “humildad Vicenciana”. Con suerte estamos dejando atrás esta reticencia. Tenemos que aprender a ser buenos, sólidos, incluso excepcionales, líderes basados en valores de colaboración. El tema es trabajar con la gente, basados en valores y visiones compartidas o en una dirección común. Se trata de trabajar con las personas, escuchar a los individuos con los que trabajamos y servimos. Es un verdadero don no sólo para nuestra organización o comunidad sino también para todos nosotros actualmente. ¿Qué tengo que hacer para la formación permanente? Voy a aprender a dirigir o mejorar mi liderazgo.

Formación Humana. Todo comienza y termina con ser verdaderamente humano. Se espera de nosotros madurez emotiva y relacional. Esto es especialmente así tratándose de los nuevos candidatos. Pero es más fácil decirlo que hacerlo. Sucede que hay muchos factores que contribuyen a retardar la madurez en estas áreas. Así, pues, la formación permanente es una oportunidad para continuar nuestro desarrollo humano, primero con relación a nosotros mismos, por supuesto, pero igualmente para los compañeros y para las personas que servimos.

Conclusión. Demos gracias a Dios que nuestra comunidad haya abrazado la formación permanente como un elemento integral en el desarrollo de nuestra vida personal, comunitaria y apostólica. Que sea una bendición para cada misionero, especialmente cuando el tiempo es el adecuado en el caminar propio de cada Vicenciano.

Traducido del inglés por FÉLIX ÁLVAREZ SAGREDO, C.M.